



5 de octubre
de 2019



La obra de discipular a los «corderos»

4

«Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?". Le respondió: "Sí, Señor; tú sabes que te quiero". Él le dijo: "Apacienta mis corderos"».
(Juan 21:15)

¿**Q**UÉ «CORDEROS» son los que han de ser apacentados? Comentando este pasaje, Elena G. de White declara: «La primera obra que Cristo confió a Pedro al restaurarle en su ministerio consistía en apacentar a los corderos. Era una obra en la cual Pedro tenía poca experiencia. Iba a requerir gran cuidado y ternura, mucha paciencia y perseverancia. Le llamaba a ministrar a aquellos que fuesen jóvenes en la fe, a enseñar a los ignorantes, a presen-

tarles las Escrituras y educarlos para ser útiles en el servicio de Cristo» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 85, p. 769).

Si somos sinceros, reconoceremos que esta es una de nuestras mayores debilidades. Muchos «corderos» han sido descuidados y, como resultado, algunos han desertado. No olvidemos que: «La iglesia tiene la responsabilidad de asistir a esas almas que han ido en pos de los primeros rayos de luz recibidos; y si los miembros de la iglesia descuidan este deber serán infieles al cometido que Dios les ha dado» (*El evangelismo*, cap. 10, p. 263).



5 de octubre
de 2019

HIMNO DE APERTURA:

Himnario adventista, n° 366
«En Cristo hallo amigo».

LECTURA BÍBLICA:

Juan 1: 35-42.

HIMNO FINAL:

Himnario adventista, n° 408
«Cristo me ayuda por él a vivir».

EVANGELISMO

Las preguntas de Jesús

«Jesús nos pregunta: ¿A quién buscas? ¿Quieres abrir la puerta de tu corazón? Si lo haces, entraré a tu vida y cenaré contigo, y estaremos tú y yo solos».

18

LOS CUATRO EVANGELIOS se escribieron para presentar la misma historia desde perspectivas diferentes, sin embargo, no hay contradicción entre ellos. Estos se complementan entre sí y ofrecen un mosaico claro y convincente de la persona y de las actividades de Jesús.

Hoy, vamos a estudiar sobre la vida de Jesús desde la perspectiva de Juan. Él introduce su evangelio de una manera muy diferente a los demás. Afirma que todo tuvo un principio, menos Jesús. Luego, incluye historias que no aparecen en los demás Evangelios, por ejemplo, los relatos de la muerte y la resurrección de Lázaro y la historia de Juan y Andrés.

Juan y Andrés aparecen en la historia como dos de los muchos discípulos de Juan el Bautista. Ellos creían que él era el Mesías.

Un tiempo después, aparece un hombre al que Juan el Bautista se refiere como «el Cordero de Dios, que

quita el pecado del mundo» (Juan 1: 29). Todos los que escucharon esas palabras se sorprendieron, porque sabían que era necesario derramar la sangre de un cordero inocente para que Dios perdonara sus pecados, pero nunca habían escuchado que la sangre de un solo cordero fuera suficiente para perdonar los pecados de todo el que creyera (ver Juan 3: 16).

Andrés y Juan dejaron de seguir a Juan el Bautista y comenzaron a seguir a Jesús, el Cordero de Dios. Sus demás compañeros, discípulos de Juan, les preguntaron: «¿Por qué van a dejar a Juan? ¿Por qué van a seguir a Jesús?». Ellos respondieron: «Porque Juan no es el Salvador, no es el Mesías. Solo es una voz que clama en el desierto».

Entonces, comenzaron a seguir a Jesús. Él les preguntó: «¿Qué buscan?». Estas son las primeras palabras pronunciadas por Jesús en el Evangelio de Juan. Ahora bien, ¿Qué es buscar? Posiblemente usted está buscando algo hoy mismo. Hay personas que buscan lo que



no conocen; buscan, pero no saben qué están buscando. Otros, buscan en el lugar equivocado.

La pregunta: «¿Qué buscan?» se va a transformar años después en una segunda pregunta más personal, ya no es: «¿Qué buscan?», sino: «¿A quién buscan?». Esta pregunta la hizo Jesús a los soldados de Pilato. «¿A quién buscan?». Ya no es algo que se busca, sino a alguien. Hay personas que buscan a alguien, a un amigo o amiga, a un novio o novia, a un hermano o hermana, a un esposo o esposa, a un padre o madre. Pero los soldados, aunque era por un motivo equivocado, sí sabían a quién estaban buscando. Ellos respondieron: «¡Buscamos a Jesús!».

La tercera pregunta se la hizo Jesús a María Magdalena. Luego de que Jesús fue crucificado, los discípulos y algunas buenas mujeres lo sepultaron en una tumba donada por José de Arimatea. Después, se fueron al aposento alto y relata la Biblia que al tercer día, al amanecer del domingo, María fue al sepulcro y lo encontró abierto y vacío. Dos ángeles le dijeron que Jesús había resucitado. Ella corrió a decirles a los discípulos que Jesús había resucitado, que ya no estaba en la tumba. Juan, Pedro y María corrieron al sepulcro y efectivamente, encontraron la tumba vacía. Pedro y Juan regresaron al aposento alto y María se quedó en la puerta del sepulcro.

Unos minutos más tarde, María sintió que alguien estaba detrás de ella, pensó que era el hortelano que cuidaba el cementerio. Aquel hombre no era el hortelano, sino el mismo Jesús, que con voz amorosa le dijo: «¡María!». Con gran emoción, ella se dio cuenta de que era Jesús. María escuchó que Jesús le preguntó: «¿A quién buscas?».

Esta tercera pregunta no solo es personal, sino más directa, porque ya no es: «¿Qué buscan?», o: «¿A quién buscan?». Ahora es: «¿A quién buscas?». A Jesús le gustaba predicarle a las multitudes, pero también disfrutaba de hablar a solas con la gente, como lo hizo con Nicodemo o la mujer samaritana. Jesús nos habla en el templo en compañía de todos los presentes, pero a él le gusta más hablarnos personalmente, por medio del Espíritu Santo.

Juan escribió otro libro, el Apocalipsis, que registra una invitación personal hecha por Jesús: «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apoc. 3: 20). Jesús nos pregunta: «¿A quién buscas? ¿Quieres abrir la

puerta de tu corazón? Si lo haces, entraré a tu vida y cenaré contigo, y estaremos tú y yo solos».

¿Recuerdan la primera historia de Juan y Andrés? El Evangelio dice que ellos aceptaron la invitación de Jesús de ir a ver dónde vivía y que se quedaron con él a solas durante unas horas. Ambos llegaron a la conclusión de que Jesús era el tan esperado Mesías.

Es inevitable, entonces, hacer la pregunta: «¿Hay alguien que sabe a quién está buscando? ¿Hay alguien que busca a Jesús? Me gustaría orar por ustedes. Invito a todos los que nos visitan, a los que quieran abrir su corazón a Jesús, que vengan aquí conmigo. Oremos juntos.

Miguel Presuel

Jubilado de la Unión Mexicana del Sureste